

EL GIGANTE GENTIL Y OTROS CUENTOS

MAGDALENA JARMOC
FRANCISCO SALAS CAÑIZARES
TEBA FERNÁNDEZ
CELIA LÓPEZ CAÑIZARES
JESUALDO JOSÉ PÉREZ SÁEZ
TAMARA FERNÁNDEZ
ARTURO JAVIER OLIVA ÁLVAREZ



EDITORIAL
**ESPACIO
PARA CONTAR**
espacioparacontar.com

BIBLIOTECA
DE CUENTOS
MARAVILLOSOS

EL GIGANTE GENTIL

Y OTROS CUENTOS

MAGDALENA JARMOC
FRANCISCO SALAS CAÑIZARES
TEBA FERNÁNDEZ
CELIA LÓPEZ CAÑIZARES
JESUALDO JOSÉ PÉREZ SÁEZ
TAMARA FERNÁNDEZ
ARTURO JAVIER OLIVA ÁLVAREZ

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA

EDITORIAL ESPACIO PARA CONTAR
2025

Edición: Juan Pedro Romera
Diseño de la colección: Daniel Caballero

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Todos los derechos reservados

Título original: *El gigante gentil y otros cuentos*

© De los textos: sus autores

© De la presente edición:

Editorial Espacio para Contar, 2025

C/ Carril de los Juanes, 12
30012 Murcia (España)

Teléfono: +34 649 09 08 11

info@espacioparacontar.com
www.espacioparacontar.com

ISBN: 979-13-991314-0-6

Depósito legal: MU 1869-2025

Impreso en España/Printed in Spain

EL GIGANTE GENTIL MAGDALENA JARMOC	9
Y ENTONCES, DESPERTÓ FRANCISCO SALAS CAÑIZARES	15
ENTRADA NÚMERO 001 TEBA FERNÁNDEZ	25
EL VUELO DEL VENCEJO CELIA LÓPEZ CAÑIZARES	37
LA SOMBRA DE LA PRINCESA JESUALDO JOSÉ PÉREZ SÁEZ	47
EL ABRAZO TAMARA FERNÁNDEZ	55
LA FIESTA DE LOS CIELOS ARTURO JAVIER OLIVA ÁLVAREZ	65
«AHORA TE TOCA A TI»	95
«ÉRASE TU VEZ»	103

PRÓLOGO

Era octubre, un fin de semana propicio; el otoño, en estas latitudes, no alcanzaba a tinter las hojas de los árboles del marrón que les caracteriza. Un grupo de personas quiere llevar a la realidad de la imaginación (¡qué paradójal!) su cuento vital. Comienza el taller Érase tu vez número 21, estamos en Murcia y el cuerpo reclama movimiento, juego... a eso hemos venido, entre otras cosas. El encuentro de ocho personas se desenvuelve entre bailes y risas, juegos para despistar a la mente que está alerta por si acaso. Pronto se dormirá cansada de no entender nada —es que la mente no entiende nada cuando jugamos, escribimos sin ton ni son, bailamos o dibujamos.

Todo esto para llegar hasta el cuento que nos espera y que ya se va abriendo paso. Por fin ve la luz, no sin esfuerzo, descansamos y hasta mañana, que habrá que contarlo. Contar —eso sí que es un reto— se cuenta, vaya que si se cuenta, y alguna lágrima se asoma, risas otra vez. La mirada del niño o la niña que fuimos se vuelve dulce como el cuento que va bordando las palabras, enhebrándolas poco a poco, con la cadencia de una artesanía ancestral. Y los cuentos cobran vida en las palabras y los gestos de quien los cuenta. Queda grabado en video como acta notarial para que sirva de testigo de quiénes somos y el futuro nos sorprenda.

Magdalena Jarmoc, Francisco Salas Cañizares, Teba Fernández, Celia López Cañizares, Jesualdo José Pérez Sáez, Tamara Fernández y Arturo Javier Oliva Álvarez, hicieron posible este libro que ahora tienes en tus manos. Son cuentos que guardan en su interior la belleza del instante en que fueron creados, el momento en que la inspiración les sorprendió escribiendo encaramados en las alas de la Imaginación, así, con mayúscula.

Y tuvo lugar en La Casa de la Piedra de Murcia los días 24 y 25 de octubre de 2025.

*A Fede y a Noah,
por ser mi hogar en este mundo.*

EL GIGANTE GENTIL

MAGDALENA JARMOC

Erased una vez un hombre alto y fuerte, con el cuerpo hecho de músculos cubiertos con la fina piel, casi transparente. Caminaba por el mundo con un paso que parecía pesado pero, paradójicamente, no generaba ningún ruido. Había algo elegante en su manera de moverse y, a la misma vez, algo que rompía las expectativas: un cuerpo de un tamaño enorme, y presencia tan sutil, casi transparente. Su cara, con los ojos grandes y brillantes, claritos como el agua del río en las montañas, transmitía calma y confianza. Era muy fácil perderse en su mirada, por eso la gente evitaba mirarle a los ojos, como si tuviera miedo de acabar mirando su alma sin querer.

El gigante gentil iba por el mundo buscando su sitio. No tenía familia y su único deseo era tenerla. Muchas veces, por las noches, antes de dormir, fantaseaba sobre cómo sería compartir su vida con otros seres queridos, como lo hacía mucha gente en su alrededor. Sin embargo, parecía que los demás no lo veían, a pesar de que era gigante.

No obstante, como era tan alto y tan fuerte, mucha gente le pedía ayuda. Él, contento de poder ser útil, estaba siempre disponible y feliz de ofrecer lo necesario. Su servicio se hizo tan famoso en la ciudad que todo el mundo hablaba solo de la maravilla del

gigante, de lo útil, fuerte y preciso que era en sus acciones. Llegó un momento en que tuvo que empezar a llevar una agenda, para evitar que sus compromisos con varias personas se solaparan.

Siendo tan famoso, el gigante intentaba ser siempre más perfecto, incluso adivinar las necesidades de las personas antes que ellas mismas, creyendo que así iba a conseguir el amor verdadero de los demás. El gigante gentil era famoso por lo que hacía y por cómo lo hacía, pero su hambre por la conexión humana se quedaba sin saciar. Al final, era imposible sentirse visto si la gente solo le daba ordenes sin mirarle a los ojos.

Con el tiempo, el gigante perfeccionó el arte de no molestar a las personas a las que ayudaba, de trabajar pasando completamente desapercibido, a pesar de su tamaño. Era curioso cómo aprendió a vivir en esta dualidad constante: sentirse tan imprescindible y tan inadecuado a la misma vez. Hasta que llegó el día en que toda esta presión de ser perfecto lo superó y se quedó paralizado. Era un día especial en el que muchos voluntarios de la ciudad se juntaban para construir un puente. Obviamente, se anunció que el invitado especial de este evento sería el gigante gentil. Todo el mundo vino a ayudar, lo que en la práctica significaba dar órdenes, y el gigante sería el responsable de su ejecución. El gigante gentil sintió mucha carga por las expectativas que los demás ponían en él, sin que nadie nunca se interesara por cómo realmente estaba.

Empezó el proceso de construir el puente. Todo era muy caótico. Muchas personas gritando sus órdenes al gigante, todos convencidos de saber mejor qué y cómo tenía que hacer. Era imposible satisfacer a todo el mundo y cuando la gente se quedaba insatisfecha, le amenazaba y le insultaba. Llegó un momento en que fue demasiado. El gigante no pudo aguantar más. Calló de rodillas y se quedó paralizado. La furia y los insultos de la gente creció. El gigante, aterrorizado, miró a su alrededor y con lágrimas en los ojos susurro:

—Por favor, yo también soy un ser humano.

Estas palabras generaron una ola de ira entre la gente de la ciudad y todos le respondieron a la vez con un grito:

—¡Tú no existes!

El gigante cerró los ojos e inmediatamente percibió la sensación de estar cayendo a la velocidad de la luz en un agujero infinito. Como le dijeron que no existía, al no poder morir de pena, tuvo que nacer.

De repente volvió en sí. Todavía mareado por la sensación de la caída, con los ojos cerrados, intentó volver a sentir su cuerpo. Era cierto, el gigante seguía siendo gigante, se sentía monumental, más alto que nunca. Pero esta vez había algo diferente. Intentó percibir sus extremos inferiores y sintió cómo sus dedos se transformaban en raíces subterráneas que conectaban su cuerpo con la tierra. Se asustó. Abrió los ojos y, de repente, todo era claro. Miró a su alrededor. Se miró a sí mismo. Era un árbol gigante en el centro de un jardín precioso, lleno de plantas, flores y otros árboles más pequeños. De nuevo intentó sentir los dedos de los pies y esta vez notó que estaban enlazados con otras raíces de otras plantas y árboles del jardín. De nuevo miró a su alrededor. Los demás le dieron la bienvenida con un gesto. El gigante se dio cuenta de una paz interna que le llenaba y que nunca antes había conocido. Ya no tenía que demostrar nada a nadie. Estaba en su sitio. Tenía raíces. Todo tenía sentido. Ser él mismo era suficiente.

Y ENTONCES, DESPERTÓ

FRANCISCO SALAS CAÑIZARES

Ventonces, despertó. Un día nuevo por delante. Era una mañana cálida de otoño. El calor del verano se resistía a marcharse y el sol entraba por la ventana anunciando una jornada agradable que invitaba a ponerse en pie y salir a la calle. A pesar de ello, Pedro sentía que necesitaba remolonear un poco más en la cama y procrastinar en sus quehaceres diarios. Por su mente pasaban esos primeros pensamientos matutinos que nos asaltan cuando empezamos a tomar de nuevo conciencia y que nos llevan, aunque no lo queramos, de vuelta a la realidad.

—¿Qué tengo que hacer hoy? ¿Por dónde voy a empezar? Si empiezo pronto quizás acabe temprano y me dé tiempo a hacer lo que no hice ayer o mejor aún, tal vez pueda adelantar algo de mañana.

Y así, mientras ese batiburrillo de ideas y de reflexiones inconscientes y semiconscientes asaltaba su cabeza, Pedro fue despertando sin tener idea de que lo que tenía por delante, distaba mucho de ser otro día más en su vida.

Se levantó y, aún en ropa interior, se dispuso a preparar el desayuno. Era uno de sus momentos preferidos. Solía despertarse con hambre y el simple olor del café saliendo por la cafetera, ya le producía una sensación de paz y bienestar que le resultaba difícil

de explicar. Quizás fue eso lo primero que notó. El olor del café no era el habitual, olía diferente. No podía decir que oliera mal, pero tampoco bien, y lo que estaba claro es que no era el aroma al que estaba acostumbrado y que tanta calma le aportaba. Aun así, se lo bebió. Más por costumbre que por apetencia, pero decidió tirar el resto de la cafetera. Ya haría otra mañana.

Volvió al dormitorio para vestirse, pero no encontró su ropa habitual. No recordaba haberla guardado en otro sitio y tampoco la encontró en el cesto de la ropa sucia. Decidió entonces estrenar la camiseta que llevaba varios días guardada porque nunca encontraba la ocasión ideal para ponérsela. Se miró en el espejo y le sorprendió verse más guapo y atractivo de lo común. Las arrugas que comenzaban a salirle en el rabillo de los ojos le parecían algo menos atenuadas e incluso le pareció intuir que su barba era un poco menos cana. No le dio mucha importancia, aunque tampoco se negó a sí mismo el disfrutar de ese pequeño momento de amor propio y autocomplacencia. Estaba de buen humor. Pasó de la crema hidratante y se echó un par de gotas de su perfume preferido, ese que solo usaba los fines de semana o en ocasiones especiales. Se puso sandalias, el día lo merecía e invitaba a ello. No cogió el ascensor y bajó las escaleras con el ánimo del que tiene ganas de salir a la calle y disfrutar del día.

Fue al abrir la puerta del edificio, cuando empezó a intuir que algo estaba pasando. Recordaba perfectamente que el día anterior, los obreros habían estado trabajando y molestando hasta tarde, arreglando los adoquines que llevaban rotos más de un año. Sin embargo, al observar el pavimento, lo encontró de nuevo hecho un desastre y se preguntó cómo era posible que no hubieran avanzado lo más mínimo después del ruido ensordecedor que habían estado haciendo el día anterior. Tras ese pequeño momento de queja y de reproche mental que nadie recibiría, pero que tan bien le sienta a uno, Pedro se dispuso a seguir su camino

habitual, pero se encontró con que la calle por la que solía andar normalmente estaba cortada, así que no le quedó más remedio que coger un camino alternativo que le obligaba a dar un rodeo, pero que sin duda era mucho más bonito y agradable. No llevaba ni diez metros andados cuando se dio cuenta de que se había dejado el móvil en casa. Dio media vuelta decidido a subir de nuevo para cogerlo y ahí fue cuando se asustó de verdad.

Cuando se giró, no vio ni su casa, ni su calle, ni aquellos adoquines que los obreros no habían arreglado. Ante él solo había un muro enorme del que no era capaz de visualizar ni el largo ni el alto. Ese muro parecía crecer sin fin hacia arriba y a los lados. Sintiendo que el corazón se le iba a salir por la boca y con las piernas temblando hasta tal punto que a duras penas era capaz de tenerse en pie, se fue girando poco a poco para descubrir que la calle también había desaparecido. Lo único que veía era un bosque enorme con un pequeño sendero que discurría en medio de los árboles y se perdía entre los matorrales. Consciente de que no le quedaba otra alternativa, se dispuso a seguir lo único que en ese momento le podía servir de guía, así que, con el temor de aquel que se enfrenta a lo desconocido, se encaminó hacia el sendero, no sin antes preguntarse si el temblor de sus piernas le permitiría dar dos o tres pasos seguidos.

Llevaba un buen rato caminando y Pedro, que era un hombre capaz de hacer la lista de la compra mentalmente mientras leía un libro o estaba dando una explicación teórica, era ahora incapaz de pensar en algo que no fuera qué narices hacía allí y de dónde salía ese bosque que se había tragado su ciudad y sus calles. Estaba tan absorto en esos pensamientos y al mismo tiempo tan concentrado, intentando recordar las técnicas de respiración que un buen amigo le había enseñado para bajar los niveles de ansiedad, que no escuchó una voz que sonaba a lo lejos y que repetía una y otra vez:

—¡Hola! ¿Me oye alguien?

No fue hasta la quinta o sexta vez que sonó la voz que Pedro la oyó. Como si se tratara de un trueno o de un golpe fuerte que te despierta en mitad de la noche, Pedro se sobresaltó y salió de ese estado de incertidumbre que se había adueñado de su cuerpo y de su mente.

—¡Hola!, gritó.

—¡Hola!, respondió la voz.

—¿Dónde estás?, preguntó Pedro.

—¡Estoy aquí!, contestó la voz.

—¡Eso ya lo sé! ¡Yo también estoy aquí!, dijo Pedro.

—¡Espera! ¡No te muevas y sigue gritando que voy a intentar encontrarte!, volvió a decir la voz.

Pedro hizo caso, se mantuvo quieto y continuó chillando como si fuera un animal salvaje mientras esperaba a que aquella otra persona lo encontrase.

—¡Estoy llegando!, volvió a gritar la voz.

Y en ese momento, Pedro se dio cuenta de que le resultaba familiar. Al cabo de un rato, empezó a sentir unos pasos lejanos y, a través de los árboles y de la maleza, comenzó a vislumbrar una silueta que se acercaba con dificultad. Era un hombre más o menos de su misma estatura y peso. No podía distinguir aún su rostro, pero debía tener su misma edad. De pronto, el desconocido emergió de entre los árboles y entonces se hizo el silencio.

Pedro y el hombre al que pertenecía la voz y aquella compleción corporal, se quedaron parados, mirándose el uno al otro, petrificados y sin poder hablar. Aquello no era posible, pensaba Pedro. Tenía ante sus ojos a una copia exacta de sí mismo. Ese otro Pedro llevaba puesta la ropa que él había estado buscando por la mañana. Y, siendo sinceros, tenía un poco más de canas y arrugas, pero aparte de eso no había ninguna diferencia entre los dos. Pedro estaba seguro de encontrarse frente a un espejo. No

cabía la menor duda de que ese hombre era él.

No se sabe cuánto tiempo pasó hasta que uno de los dos se atrevió a hablar. Fue Pedro quien rompió el hielo.

—No entiendo nada, dijo.

—Pues menos entiendo yo, respondió el otro.

—Pero tú, ¿quién eres?, volvió a preguntar Pedro.

—Yo soy Pedro. ¿Quién eres tú?, contestó el otro.

—No, no. Pedro soy yo, aseguró Pedro intentando no sonar muy agresivo.

Y así, tras varios intentos de «Pedro soy yo» y «No, no. Tú no eres Pedro. Pedro soy yo» y descubrir que no iban a ninguna parte, el otro Pedro acabó contando que él se había despertado por la mañana como siempre, se había vestido con su ropa habitual, se había puesto su crema hidratante y la colonia de diario, se había calzado unas zapatillas viejas porque su calle estaba en obras y el cemento del día anterior aún estaba fresco y había cogido el ascensor, dispuesto a salir a la calle y empezar con sus tareas diarias. Lo único extraño que había notado, había sido el olor del café, pues no era el aroma habitual. Al parecer, cuando bajó a la calle y mientras caminaba por la ruta acostumbrada, recordó que había olvidado el teléfono en casa, y cuando pretendió volver a por él, se encontró con un muro enorme tras de sí y este inmenso bosque como única escapatoria.

Asustados, pero al mismo tiempo algo más calmados por no verse solos y haber encontrado a alguien con quien compartir la angustia y la incertidumbre, los dos Pedros continuaron caminando por el bosque hasta llegar a una especie de acantilado, desde el que se podía ver la inmensidad de un mar que se perdía en el infinito, mientras las olas rompían contra las rocas y desaparecían bajo sus pies. Decidieron seguir su camino bordeando el litoral y llegaron hasta una pequeña cala resguardada, donde la bravura del mar que antes habían observado parecía desaparecer en pro

de unas aguas mansas y de una suave brisa que transmitía una calma tan necesaria en esos momentos. Agotados tras la caminata y exhaustos de andar sin un rumbo fijo, los dos Pedros se instalaron en la orilla y comenzaron a charlar. Efectivamente, los dos se llamaban igual, vivían en la misma ciudad y en la misma casa y tenían las mismas costumbres, aunque había entre ellos pequeñas diferencias. Mientras que Pedro había dejado de tocar el piano, el otro Pedro seguía practicando una vez por semana y parecía haber avanzado bastante. Sin embargo, el otro Pedro había abandonado el deporte, mientras que Pedro había encontrado en él un refugio contra el estrés del día y se encontraba más fuerte que nunca. Los dos habían leído los mismos libros, aunque el otro Pedro, el mismo que aún seguía tocando el piano, formaba parte de un club de lectura y llevaba cierta ventaja. Ambos tenían los mismos amigos, pero la periodicidad con la que veían a unos y a otros era diferente en cada uno de los dos Pedros. Y así, durante más de dos horas, fueron compartiendo entre risas y asombro sus vivencias y costumbres del día a día y ambos estuvieron de acuerdo en que, si bien eran la misma persona, estaba claro que se trataba de dos versiones diferentes. Ninguna de las dos era mejor que la otra. Una parecía algo más vieja y se había dedicado a cultivar más la parte artística y la otra, tenía un aspecto algo más juvenil y se había centrado más en el bienestar físico, pero estaba claro que los dos eran Pedro.

Estaban completamente inmersos en esa conversación que parecía recordar al juego de las siete diferencias, cuando el otro Pedro preguntó:

—¿Hueles eso?

—¿El qué?, dijo Pedro.

—Ese olor a café, contestó el otro Pedro.

—Es cierto, es el olor del café que tomo cada mañana, afirmó Pedro.

—Es el mismo que tomo yo, dijo el otro.

Los dos Pedros fueron a darse la vuelta, convencidos de que el aroma provenía de detrás y dispuestos a buscar el origen para tomar una taza de ese delicioso café que tanto les gustaba.

Y entonces, despertaron. Un día nuevo por delante. Quién sabe a quién podrían conocer hoy.

*To Juan Pedro, for his generosity and dedication.
Thank you for making the encounter
with the mystery possible.*

ENTRADA NÚMERO 001

TEBA FERNÁNDEZ

Estaba en la cola de aquel majestuoso teatro sorprendido de que a pesar de haber tantísima gente, no se oía ni un ligero musitar.

Los asistentes iban mostrando su entrada al personal del teatro y una azafata o azafato les iba acompañando a su butaca.

Él se llegó a preguntar si ese silencio era algo acordado que no le habían comentado cuando le regalaron su entrada. Su jefa, que estimaba mucho la labor que desempeñaba en su empresa, no sabía cómo demostrarle el agradecimiento a su legal entrega. Esta vez, con el frío semblante habitual, se acercó a su mesa y le entregó un sobre con la entrada dentro que ponía su nombre y en el reverso: Gracias.

Mientras llegaba el momento de que lo acompañaran a su butaca, observó a su alrededor y le extrañó que el público iba muy bien vestido, casi de etiqueta, parecía que había un código de vestuario obligatorio.

Comprobó que el sobre que contenía la entrada no llevara ninguna nota añadida que no habría visto antes con todos esos detalles pero, aparte de la entrada, en el sobre no había nada más. Parecía que su jefa se había dado mucha prisa en comprarla ya que era la entrada número 001.

La entrada 001, ¿implicaría la primera fila?, ¿la primera butaca? ¿Sería un espectáculo interactivo y por estar cerca lo sacarían al escenario?

Estas preguntas aceleraron su pulso y empezó a sentir mucho calor. Extrañamente él también había elegido uno de sus mejores trajes de chaqueta. Se desabotonó los primeros botones buscando un poco de fresco, cuando vio que era su turno de entregar la entrada al sonriente acomodador.

En el umbral de una nueva zona del teatro, que debía ser la antesala al gran salón, el acomodador tendió la mano para coger su entrada y, sin comprobarla, le hizo un gesto, comprendió que tenía que seguirle. Anduvo unos metros en la oscuridad donde, con mucha efectividad, era guiado por un fino y agudo haz de luz que salía de la linterna del azafato. El sonido del riel de una cortina le hizo entender que entraba en la sala, pero la lúgubre iluminación seguía siendo la misma.

La velocidad a la que su guía andaba aumentó lo que le hizo sentir incomodidad al tener que acelerar su paso a oscuras. Notó que pasaban entre filas de asientos y butacas sueltas; bajaron escalones con el borde iluminado y siguieron andando en lo que parecía un camino sin fin. Notó que sus ojos empezaban a acostumbrarse a la oscuridad y aprovechó para mirar a su alrededor por si podía distinguir algo; cómo era la sala, quién estaba ya sentado en su butaca... No vio a nadie más pero sí consiguió percibir la silueta de la fila de asientos. Parecían estar todos vacíos. En su apresurado paso, le dio tiempo a detectar que cada asiento tenía su número iluminado: todos tenían el número 001. A su derecha y a su izquierda había filas de asientos y todos eran el 001. Pensó que no habría visto bien y siguió tras el haz de luz.

Le sobrevino un vuelco en la boca del estómago cuando parecía confirmarse la idea de estar en la primera fila; tanto recorrido sin duda era en dirección al escenario. Empezó a pensar si eso era

una broma y estaba siendo parte del show, o si le harían subir por tener ese repetido número 001 en toda la sala.

El recuerdo del mayor ridículo de su vida apareció en su mente con el consecuente malestar. Tenía 8 años. Se había empeñado en que quería asistir a las clases de ballet del colegio. Era el único niño y, solo por eso, sus padres no le daban permiso para apuntarse. Le decían que siendo el único niño tenía que ser muy bueno y no equivocarse nunca porque todo el mundo lo miraría a él. Era una razón que no podía entender porque solo quería hacer lo que más le gustaba en el mundo: bailar. Finalmente consiguió convencerlos y resultó que su flexibilidad era equiparable a la de sus compañeras. La maestra, a menudo lo elegía para explicar los pasos que iban a aprender. Sabía que era capaz de mostrar un ejemplo correcto aunque nunca lo hubiera hecho antes.

Llegó el esperado baile de fin de curso y ahí estaba él, en medio del escenario entre dos de sus compañeras. Al compás de la primera nota, todos debían hacer un plié, y una pirouette hacia la derecha, otro plié y pirouette a la izquierda. Estaba abrumado porque sus padres estaban en primera fila. Para él era una muestra de interés importante. Seguro que iban a alucinar con la demostración del don que tenía. El sonido de cuerda de reloj antiguo que precedía a la melodía de caja de música del espectáculo sonó, mientras él imaginaba los halagos que recibiría de sus padres. Comenzó la música, primer plié y giró a la izquierda mientras sus compañeras lo hacían bien, a la derecha. La sensación de fracaso congeló todo su cuerpo y no pudo recuperar el paso. Quedó iluminado e inmóvil en el centro del escenario.

Se sorprendió de percibir lo vívido que era aquel recuerdo durante el largo paseo hasta su butaca. Dejando el malestar atrás y volviendo a aquella extraña situación, decidió llamar la atención a su acomodador y preguntar por qué estaba tan lejos su lugar en la sala. En ese instante, el haz de luz se detuvo frente a una butaca

que se iluminó por completo. Comprendió que era su sitio y decidió sentarse a ver qué ocurría. Se dirigió a él para darle las gracias educadamente pero ya no había rastro del acomodador ni de su linterna.

La oscuridad más absoluta y un silencio sepulcral ambientaban el lugar, fuera lo que fuera aquello. No podía ver si había alguien a su lado. Tuvo el impulso de mover la mano hacia un lado a ver si tocaba a alguien, pero antes de hacerlo se frenó pensando que si todos estaban en la misma confusión que él, podría molestar o asustar a sus compañeros de destino. Esa definición le vino a la mente: todos los que tenían la entrada para ese día, compartirían el mismo destino mientras durara el espectáculo.

Consciente de que estaba ya dándole demasiadas vueltas a la cabeza, decidió hacer sus ejercicios de meditación centrándose en la respiración. Consiguió que sus pulsaciones volvieran a latir con normalidad. Se sintió orgulloso de sí mismo de haberlo conseguido, estando en tan inquietante situación. Respiró profundo y, mientras inhalaba, oyó: «Siéntase libre de hacer lo que necesite hacer». Alguien se había acercado y se lo había susurrado al oído. Pensó que sería su azafato. La paz que estaba consiguiendo se esfumó velozmente.

Deseando que acabara la intriga del espectáculo, se fue a levantar para expresar su desagrado, pero de repente la sala se iluminó. Pasó de la oscuridad más negra a la luz más cegadora. Sus parpados se cerraron y por mucho que lo intentara no podía abrirlos ante aquella deslumbrante iluminación. Intrigado por el cambio, dejó que su vista se aclimatara poco a poco. Conforme iba recuperando el sentido pudo ver que había un enorme escenario a unas cuantas filas de distancia. Por suerte no estaba en la primera fila. Siguió identificando el relieve de las cabezas del resto del público. Miró a su alrededor para ver quién le acompañaba, pero no lo consiguió ya que había un foco que iluminaba el escenario; otro,

cenitalmente, iluminaba la sala al completo, y uno más a cada butaca. Con tantísima luz solo podía ver algo de ropa en movimiento, siluetas y formas sin poder identificarlas.

Las notas de una melodía al piano arrojaron el desconcierto que suponía aquel comienzo de espectáculo. Identificó inmediatamente el tema: Berlin song de Ludovico Einaudi. Esa pieza lo utilizaba cuando sentía presión en el pecho al acabar el día y no conseguía averiguar por qué. Se tumbaba en el sofá con luz tenue y la repetía una y otra vez hasta que su pecho soltaba la tensión que le encogía.

Visualizaba como el sonido de esa melodía entraba sigilosamente por sus oídos, se paseaba por su cerebro, bajaba por la garganta y, de camino a su pecho, le provocaba el llanto que soltaba la emoción reprimida.

¡Que casualidad que hubieran elegido esa obra para comenzar!

Cuando la música terminó, una voz tronó en toda la sala por los altavoces: «Es el turno de la entrada número 001. Siéntase libre de hacer lo que necesite».

—¿Cómo, qué? —dijo en voz alta. Buscó a alguien que le confirmara lo que ocurría pero la cegadora luz no le permitió encontrar a nadie.

La silueta de su acomodador apareció frente a él:

—Es su turno, sí. Que lo disfrute.

—¿Por qué yo el primero? ¿Qué tengo que hacer? ¿Qué tipo de espectáculo es este? ¿Qué hago si no hay nadie en el escenario?

Ante la frustración de no recibir ninguna respuesta, un contrafóbico impulso le llevó a levantarse del asiento. Dispuesto a mostrar su desagrado anduvo hacia el escenario, que estaba más cerca de lo que parecía. Subió las escaleras rápidamente, con la confianza de que por fin se desvelaría de qué se trataba aquello.

Al llegar arriba y girarse hacia el público, se encontró con más de lo mismo: siluetas, pero esta vez sí sintió la presencia de las per-

sonas que le miraban. El vértigo de ser expuesto le inundó como si cayera en mitad del mar con una roca atada a sus pies. La respiración se aceleró y las piernas le temblaban generando un terremoto en todo su cuerpo.

Buscando salir de esa horrible sensación se giró y tiró del telón para descubrir y ver qué había allí. El riel del telón iba tan suave que con el movimiento se abrió casi por completo mostrando lo que había detrás: un muro de ladrillos blancos que llegaba desde el suelo al techo del escenario. Sólido, frío y con aspecto de ser muy antiguo.

—¿Cómo puede ser? ¿Un muro en el escenario? Si parece que lleva toda una vida construido —se dijo a sí mismo.

Deslizó sus dedos por los ladrillos grandes que lo componían buscando algo falso que no encontró, no era atrezzo era de verdad.

La intensa luz blanca que alumbraba al público y el muro blanco al otro lado le hacían sentir acorralado en un espacio sin salida donde solo él era visible a todo el mundo. El ahogo aumentaba, un sudor frío corría por su frente.

Al otro lado del muro empezaron a oírse pasos, voces que no entendía, pero que aliviaron el suspense del momento, al menos ya no estaba solo en el escenario.

Recorrió de punta a punta la densa pared esperando encontrar una puerta, rendija, ventana para ver qué era lo que se oía al otro lado. En el nervioso caminar se tropezó con un martillo macizo que había en el suelo. Estaba clara la consigna. Se dispuso a golpear el muro cuando escuchó a lo lejos unas reconocibles notas de música clásica y una voz de mujer:

—Primera, segunda, tercera, plié, semiplié, gran plié...

No daba crédito. ¿Qué clase de broma pesada era esa? ¿Era esto una creación de su jefa? En qué momento le había contado a alguien ese capítulo de su infancia? ¿Quién iba a perder un tiempo de su vida en recrear algo que solo le concernía a él?

No pudo sostener tanta emoción escuchando a su profesora

de ballet dando instrucciones en ese inexplicable espectáculo dedicado a él y comenzó a golpear con todas sus fuerzas el muro. Cada golpe que daba generaba un estruendo en toda la sala, con un eco que parecían cinco golpes en uno. Ese eco retumbaba en su pecho y el estruendo que causaba en su interior iba desmontando conceptos que habían alimentado el constructo de su personalidad.

Cada vez que una parte del muro caía al suelo, por los altavoces de la sala se escuchaba:

—No eres nadie ni nunca lo serás. No vales ni para hacer lo que te gusta. No vas a conseguir nada en la vida, vas a ser siempre un fracasado.

Cada derrumbamiento iba acompañado de punzadas en su pecho que aliviaban su dolor solo golpeando una y otra vez los ladrillos. Más frases con el atronador eco seguían sonando para todo el público mientras lloraba de rabia.

Dejó de pensar en qué era aquello ni quién lo habría organizado, estaba sumido en la destrucción.

Conforme iba desapareciendo aquella muralla se iba haciendo visible la escena que se estaba representando.

Sí, su profesora de ballet indicaba a las niñas de su clase los pasos del baile que representarían a final de ese nuevo curso. Y él no estaba ya en clase. Se lo había dejado. La vergüenza de haber fallado y los comentarios de sus padres sobre el gran ridículo que había hecho lo encerraron en una profunda coraza.

A la derecha del escenario, un nuevo haz de luz iluminó a un niño que lloraba con la cabeza metida entre las rodillas.

No se explicaba cómo habían encontrado a un actor tan parecido a él cuándo tenía nueve años.

De nuevo se escuchó:

—Siéntase libre de hacer lo que necesite.

Tiró el martillo y saltó sobre lo que quedaba de muro acercándose al niño. Se agachó a su altura y se quedó atónito de verse

frente a él. El niño levantó la cabeza y ambos, con los ojos llenos de lágrimas, se miraron durante un largo rato. Recordó la consigna que le habían repetido tantas veces y cogió al niño en sus brazos, se sentó en el suelo y comenzó a balancearse mientras lo abrazaba. Lloró lagrimas que estaban escondidas en lo más remoto de su ser. Lágrimas que contenían el dolor amargo de la soledad, del fracaso, de la frustración, del quebranto del tesoro más grande que puede tener un niño: su creatividad.

Lloraron abrazados y, respirando a la vez, se fundieron en un mismo ser.

La profesora se le acercó y le pidió que se colocara en su lugar. Las otras dos niñas estaban esperándolo. El sonido de la cuerda del reloj comenzó a sonar y de un respingo se levantó y se colocó entre las niñas. La melodía comenzó, el público observaba todo lo que estaba ocurriendo pero él no lo tenía en cuenta, su cuerpo se movía sin pensar, deslizándose de un paso a otro por toda la melodía, como si hubiera ensayado ayer mismo. Se fundió con el baile hasta que acabó.

Un emocionante aplauso, sostenido un buen rato en el tiempo, confirmaba que había habido testigos, no era un sueño y no estaba solo. El reconocimiento ya no era necesario porque lo había hecho para sí mismo, pero era muy satisfactorio sentir que alguien más también había disfrutado. El sonido fue bajando de intensidad hasta fundirse en otro silencio. Las luces de la sala comenzaron a atenuarse hasta que volvió la oscuridad. El altavoz de nuevo se hizo presente diciendo:

—Es el turno de la entrada número 001. Siéntase libre de hacer lo que necesite.

Seguía en el escenario con el cuerpo empapado en sudor, sintiendo cómo las pulsaciones iban recuperando su ritmo normal. El haz de luz de su acomodador se acercaba hacia las escaleras del escenario haciendo el reconocido gesto de nuevo para que le siguiera.

Otra persona, con otro acomodador, cruzó su camino mientras él abandonaba la sala.

Al día siguiente tenía una carta de despido en su mesa. Agradecido se levantó y salió de aquel edificio feliz como un niño.

FIN

*Para Chema,
por acompañarme a liberar vencejos.*

EL VUELO DEL VENCEJO

CELIA LÓPEZ CAÑIZARES

Erased una vez un mundo sin color. Bueno, no era exactamente sin color, más bien como una fotografía en blanco y negro. Las montañas eran negras y los ríos blancos. El mar y el viento eran una mezcla, una escala de grises. Sus habitantes también eran así, sin color, combinaban apenas unos pocos tonos claros y oscuros. Las sombras no se distinguían de aquello que las proyectaba.

Sin embargo, este mundo no había sido siempre así. Contaba la leyenda que antiguamente todo tenía color. Los bosques eran verdes y el cielo azul. La gente tenía un sinfín de tonalidades en la piel, los ojos y el cabello. Pero un día, de repente, el mundo se apagó y todo el color desapareció. Nadie entendía por qué.

Las noticias, de nuevo en una televisión en blanco y negro que solo los más mayores recordaban, apabullaron a sus habitantes con una infinidad de hipótesis. Que si era algo temporal. Que si era una pandemia de una rara enfermedad en la vista. Que si había llegado el fin de mundo... Solo unos pocos se atrevieron a decir que esto ya se veía venir y que algunos científicos lo habían advertido. Pero esta opción era demasiado complicada y nadie entendía nada.

Pasaron los años y sus habitantes se acostumbraron a vivir así, sin color. Desapareció una gran parte del arte y la gente ya

no buscaba paisajes con los que maravillarse. Simplemente hacían sus vidas así, tan acostumbrados, viendo lo justo y necesario para mantener su día a día.

Una noche de finales de invierno nació ella. Lloró un poco y abrió los ojos pronto para mirar con curiosidad el mundo que la rodeaba. Cuál sería la sorpresa para su familia al llegar las primeras luces del día:

—¡Tiene color! —dijeron—. ¡La niña tiene color!

Su cabello era castaño, sus ojos verdes. Sus padres, muy asustados, la llevaron a todos los médicos. La llevaban así, tapadita, para que nadie viera nada hasta que tuvieran alguna respuesta. Sin embargo, no encontraron nada. Ninguna causa médica o extraña que explicara todo esto. La llamaron Iris y les recomendaron hacer una vida lo más normal posible.

La vida de Iris no tuvo un comienzo fácil. Los demás niños y niñas del colegio la miraban extrañados y no se acercaban mucho a ella por si era contagioso. Incluso su compañero de pupitre le llegó a preguntar: «¿duele?», señalando su piel de un tono oliváceo clarito. Su madre le hacía vestir con ropas largas para cubrir todo lo posible, creyendo que así la protegía. Así que Iris prefería pasar tiempo sola, leyendo o paseando por los alrededores de la ciudad.

Un día, en uno de sus paseos, Iris escuchó un pequeño trino, muy agudo, muy suave. Comenzó a caminar más rápido en esa dirección y el trino se escuchó con más firmeza. Piiii pii Piiii pii... Piiii pii Piiii pii... Debía de estar muy cerca. De repente... ¡Piiiiiiiiiiiiiiiiiiii! Parecía que había pisado algo. Iris se agachó y empezó a rebuscar entre la hojarasca gris. Palpó con suavidad y por fin notó algo de un tacto diferente, más blando y calentito.

—¡Por fin! —dijo la vocecita aguda de aquello que recogió entre sus manos.

—¿Quién eres? —preguntó Iris asustada.

—Soy un Vencejo —respondió la pequeña criatura.

Iris lo recorrió con sus dedos. Notó que de él salían unas alas grandes que terminaba en punta, más grandes que el propio cuerpo. Una cola en forma de horquilla, pico pequeñito y sus pies... ¿Dónde estaban sus pies? Ah, ya los notaba, pero es que eran diminutos.

—No los necesito —le dijo el ave, adivinando lo que estaba pensando—. Me paso casi toda mi vida en el aire.

—¿Todo el tiempo volando? —preguntó Iris con los ojos muy abiertos.

—Casi todo —dijo el Vencejo en un tono picarón—. Incluso duermo en el aire.

—¡Pero yo nunca te había visto! —respondió incrédula la niña.

—Claro que no —le confirmó Vencejo—. Vuestras ciudades son del mismo color oscuro que nosotros así que somos prácticamente invisibles a vuestros ojos.

—¿Y dónde anidáis? —Iris quiso saber más.

—En lugares altos —dijo Vencejo—. En ranuras de edificios, debajo de tejados... En cualquier lugar desde donde podamos lanzarnos a un buen vuelo. Siempre estamos por aquí en primavera. Pero a veces ocurren accidentes como este, chocamos contra algo y caemos al suelo.

—¿Y no os ayudamos porque no podemos vernos?

—¡Exacto! —exclamó el pajarillo.

—Pues yo te ayudaré, Vencejo —dijo Iris muy decidida—. Es cierto que no puedo verte muy bien. Pero puedo tocarte y escucharte. Confía en mí.

Iris se levantó con delicadeza y sostuvo a Vencejo entre sus manos.

—Te llevaré a casa —le confirmó.

Una vez en su hogar, Iris escondió a Vencejo en una cajita de zapatos en su cuarto. No quería que nadie lo descubriera y menos

aún que sus padres se enterasen de que había metido a un animal silvestre en casa. Una vez así, la niña siguió estrictamente las instrucciones que Vencejo le iba dando:

—Necesito algunos trocitos de papel bajo mis patas para apoyarme, porque son muy pequeñas.

Iris colocó los trocitos de papel en la caja y a Vencejo suavemente sobre ellos.

—¡Mucho mejor! —dijo Vencejo—. Ahora necesito que compruebes mis alas, que no tengan heridas ni estén rotas.

Iris cumplió minuciosamente.

—Por último, necesito algo de comida. Alguna larva de insecto que puedas encontrar en el jardín y unas gotitas de agua en la comisura del pico. —Vencejo abrió mucho el pico para demostrar el hambre que tenía e Iris volvió a maravillarse de toda la energía que tenía aquella extraña criatura tan pequeña—. Excelente —dijo Vencejo, una vez saciadas sus primeras necesidades—. Ahora necesito descansar.

Iris tapó la cajita y la colocó debajo de su cama. Ella misma no durmió en toda la noche, preocupada por la supervivencia del pajarillo y porque sus padres no lo descubrieran.

A la mañana siguiente Iris metió a Vencejo disimuladamente en su mochila del colegio procurando que estuviera cómodo. Después de clase, buscaron un lugar tranquilo donde Vencejo le dio las siguientes instrucciones.

—Ahora es el momento más importante —dijo—. Necesitamos un lugar alto donde me puedas lanzar a volar.

Iris lo miró asustada.

—¿Y si te caes de nuevo?

—No lo haré —dijo Vencejo convencido—. Sé que estoy preparado.

—¡Pero si te caes no podré verte para volver a rescatarte! —exclamó Iris aún más preocupada.

—No te preocupes —insistió Vencejo—. Me encontraste una vez y sé que volverías a hacerlo.

Emprendieron su camino acercándose a una muralla antigua que rodeaba la ciudad y desde donde había una buena altura.

—¡Aquí! —dijo Vencejo—. Este es el lugar, no lo pienses.

—Estoy asustada —dijo Iris.

—Yo también —dijo Vencejo—, pero si no abro las alas y salto nunca sabré si puedo hacerlo. Y lo conseguiré gracias a ti.

Iris respiró hondo, cogió a Vencejo entre sus manos y lo acercó al borde de la muralla. Vencejo aleteó un poquito, luego más fuerte y... Se lanzó. Desapareció de la vista de la niña en un instante. Iris achicó los ojos para intentar seguirlo con la mirada pero fue imposible, todo a su alrededor era del mismo tono sombrío. Cuando fue a darse media vuelta, oyó aquel trino de nuevo. Primero suave, luego más fuerte y a distancias que cambiaban continuamente. ¡Lo había conseguido! Vencejo debía estar planeando entre los edificios de nuevo.

Iris suspiró aliviada y cuando se disponía a volver a casa reparó en la cajita en la que había transportado a Vencejo todo este tiempo. No podía ser... ¡Tenía color! ¡Como ella! El cartón era marrón, la parte de dentro verde clarito, y también los trocitos de papel que había puesto bajo los pies de Vencejo y que parecían de un tono amarillo. La niña cogió la cajita muy extrañada y regresó a su casa.

Al día siguiente Iris decidió confesarle su aventura a su compañero de pupitre. Jorge, un muchacho de aspecto grisáceo oscuro, la escuchó con interés y para sorpresa de Iris, quiso saber más.

—¿Será porque tú eres de colores y se los has transmitido al tocar esos objetos? —se cuestionó el niño.

—No puede ser —dijo Iris—. En ese caso, cambiaría de color todo lo que toco y no es así.

Jorge le propuso volver a la zona de paseo por si encontraban

más vencejos en apuros y hacer una prueba. Tuvieron suerte y ese pequeño vencejo de tono más pálido que encontraron en esta ocasión, también la tuvo. Siguieron rigurosamente las instrucciones que el Vencejo de Iris le había enseñado la primera noche y esta vez fue Jorge quien se encargó de cuidar y de liberar al vencejo, en compañía de la niña, cuando salieran de clase al día siguiente. Uno, dos, tres... El vencejo emprendió el vuelo y Jorge sonrió orgulloso de su hazaña. Pero Iris no sonrió. Se quedó mirando al niño muy seria.

—Jorge... —dijo—. Mira tus manos... ¡y tu ropa!

—¿Qué ocurre? —preguntó el niño asustado y, nervioso, empezó a mirarse por todas partes.

—¡Color! ¡Tienes color! —exclamó Iris—. Como yo.

Parecía imposible. Jorge no había tenido colores en toda su vida y lo único que tenía en común con Iris era que había probado suerte a ayudar a esos vencejos tan invisibles a la vista. ¿Sería eso? Los niños repasaron juntos lo peculiar de su experiencia: habían oído y tocado a unos seres que habitualmente no podían ver, lo habían hecho a escondidas de su rutina diaria y además... ¡les habían ayudado a recuperar el vuelo!

La noticia corrió rápidamente por la clase de Iris y Jorge y más niños y niñas se sumaron al rescate de vencejos con el mismo resultado. Ellos también cobraban color.

Iris ya no se sentía sola y sus colores naturales habían adquirido un tono más firme y más brillante. Además, se había convertido en una rescatadora de vencejos experta y se encargaba de explicar a todos el procedimiento completo. Los padres no entendían qué estaba pasando hasta que uno de ellos se aventuró a acompañarlos y ayudar él mismo a un vencejo, recobrando también colores nuevos.

El suceso se expandió por el resto del colegio, después el barrio, después por toda la ciudad y de ahí a otros lugares de ese mundo descolorido. Cada vez más personas, pequeños y adultos, y los

objetos que tocaban cuando ayudaban a los vencejos, fueron recuperando el color. Y esto no quedó aquí. Cada vez más y más gente comenzó a ayudar a otros animales, plantas y los lugares donde se encontraban. Los zorros se volvieron rojizos, los árboles verdes, la tierra marrón, las mariposas multicolores, los ríos transparentes y el cielo, una vez que disminuyó toda la contaminación ¡era de un color azul precioso!

La leyenda era cierta y el mundo estaba inundado por todo tipo de colores, como hacía tanto tiempo.

Un día, al volver a casa del colegio, Iris notó una ráfaga a su alrededor. Fiiuuuuu, fiiuuuuuu... Una vez y otra vez, y otra. Fijó la vista y vio una especie de boomerang negro. Entonces escuchó ese trino familiar que hacía ya tiempo había escuchado por primera vez. Piiii pii Piiii pii...

—¡Vencejo! ¿Eres tú? —preguntó la niña intentando fijar la vista en alguna parte de ese fugaz movimiento.

—¡Soy yo Iris! —exclamó Vencejo sin dejar de darle vueltas—. Acabo de regresar de mi migración anual y quería volver a verte.

Iris estaba muy emocionada.

—¿Cómo es que ahora sí puedo verte, Vencejo? Aún eres de color oscuro...

—¡Es que este es mi color natural! —respondió el pajarillo—. Pero hasta que no recuperaseis los colores del resto del mundo no podríais vernos.

Iris sonrió y aunque aún no entendía muy bien la complejidad de todo lo que había ocurrido sí estaba segura de una cosa: cuando usamos el resto de nuestros sentidos para percibir aquello que no podemos ver y lo usamos para ayudar a otros el mundo cambia y se conecta. Exactamente igual que con el vuelo de un vencejo.

*Para Elisa, mi pequeña maestra.
A veces dragón y casi siempre princesa.*

LA SOMBRA DE LA PRINCESA

JESUALDO JOSÉ PÉREZ SÁEZ

Rodrigo ya no podía esperar más. Su corcel ya estaba preparado y el escudero estaba terminando de colocar la armadura. Era su primera batalla, la culminación de tantos años de entrenamiento. Por fin iba a poder demostrar su valía y su lealtad al rey, y quién sabe si volver victorioso y cargado de honores. Justo en el momento en el que el escudero iba a colocarle el yelmo, apareció el paje real para ordenarle que se desvistiera y fuera a presentarse ante el rey. Contuvo como pudo su gallardía y su ímpetu (no sin antes mascullar algunos juramentos que para sí quedaron) y acató la orden con disciplina castrense.

—Rodrigo —dijo el rey—, tu padre derramó su sangre por mi reino, y antes que él, tu abuelo. Por la nobleza de tu linaje y por la pureza de corazón que has demostrado, tengo para ti una misión diferente de la de tus compañeros. Mi hija padece de una enfermedad terrible que merma sus fuerzas cada día más. La quiero más que a todo mi reino entero y temo por su vida. Los matasanos que tengo por médicos en el Reino no han podido dar aún con la cura, y ya he perdido la fe en que algún día lo consigan. Estoy desesperado. Toma mi mejor caballo y sal de mi reino. Pregunta por los caminos, las montañas y los ríos, a ver si alguien te puede dar una solución. Si mi hija se cura, la recompensa será

grande para él y para ti. Toma una bolsa de oro, un halcón y una daga, y sal raudo en dirección opuesta a donde tus compañeros se dirigen a batallar.

Era cerca del mediodía cuando Rodrigo salió del Castillo corriendo a lomos del caballo del rey. Corrió un buen trecho, lo más rápido que pudo, en la dirección que el rey le había indicado hasta que, cansados y hambrientos, Rodrigo y su caballo se adentraron en un bosque espeso. Apenas estuvieron bajo la sombra de los árboles, el murmullo y el frescor de un arroyo cercano les invitó a acercarse. Rodrigo se acostó sobre la hierba y dejó a su caballo pastando apaciblemente. Se encontraba absorto mirando las nubes cuando un zumbido lo hizo volver en sí. Creyendo que era una libélula, giró la cabeza y la atrapó con su mano.

Se oyó un «¡ay!» agudo, y Rodrigo observó, asombrado, que era un hada lo que había atrapado.

—¿Quién eres tú? —preguntó, invadido por el asombro.

—Soy el hada Cristalina, y sé lo que estás buscando. La cura de la princesa solo la conoce el Mago de Poniente. Vive detrás de la montaña donde duerme el sol. Pero ten cuidado, porque su choza está custodiada por tres perros, con tres cabezas cada uno. Solo podrás llegar si eres capaz de burlarlos.

Rodrigo se despidió del hada y voló raudo con su caballo hacia las montañas de Poniente siguiendo el sol de la tarde. Tras cabalgar hasta casi el anochecer, se paró por fin a los pies de la montaña buscada. Vio una zarzamora llena de frutos, pues era el final del verano. Comía de esas moras dulcísimas, cuando apareció un oso enorme que le decía:

—¿Cómo te atreves a comer de estas moras? ¡Llevo todo el año esperando a que maduren!

Sin esperar respuesta por parte de Rodrigo, el oso le dio un zarpazo tan grande que el pobre caballero terminó inconsciente, estampado contra un árbol. El oso, que hacía mucho tiempo que

no probaba la carne humana, se abalanzó después sobre Rodrigo con toda su fiereza. Justo en el momento en que el oso iba a clavar su garra contra la cabeza de Rodrigo, éste volvió en sí, y con un movimiento ágil desenvainó la daga que el rey le había dado y la clavó en el corazón del oso.

Rodrigo respiró aliviado, se limpió la sangre como pudo y se sentó a descansar, exhausto, junto a un arroyo que pasaba por allí. En ese momento oyó un zumbido de insecto e hizo un ademán de atraparlo. Era de nuevo el hada Cristalina, que le dijo:

—¡No me hagas daño otra vez, animal! Despelleja al oso, toma su piel, su corazón, su hígado y sus sesos y sigue adelante.

Rodrigo hizo como le dijo el hada, y se encaminó montañas arriba a lomos de su caballo. Cayó la noche y la luna creciente iluminaba su camino. Poco antes de llegar a la cima vio, a lo lejos, una cabañita con una luz, e inmediatamente oyó unos ladridos. Ató al caballo a una rama y siguió caminando a pie hacia la cabaña. Los ladridos se le acercaban cada vez más, hasta que al fin pudo divisar, a la luz de la luna, la silueta de tres perros con tres cabezas corriendo hacia él.

Rodrigo subió a un árbol y observó a los perros ladrándole alrededor del tronco. Después de un rato cayó en la cuenta de que cada uno de los perros tenía una cabeza gorda, una cabeza chata y una cabeza afilada. Rodrigo pensó: «Si las cabezas son tan distintas, quizás a cada una de ellas le gusten cosas diferentes». Así, tiró el cerebro del oso a un lado del árbol, el corazón a otro y el hígado a otro, formando un triángulo. Las cabezas de cada uno de los perros peleaban entre sí, ya que a cada una le gustaba, en efecto, una parte del oso, y los cuerpos desorientados no sabían hacia dónde ir, de forma que terminaban chocando y mordiéndose unos a otros. El escándalo que se formó fue tremendo, y Rodrigo pudo bajar del árbol tranquilamente y proseguir su camino hacia la cabaña iluminada.

La cabaña estaba construida en madera y tenía una base de piedra. La puerta entreabierta invitaba a pasar. En su interior se encontraba, sentado ante un puchero enorme que bullía sobre el fuego, un señor ni muy viejo ni muy joven, vestido con una capa con capucha vieja y raída.

—Veo que mis perros no te han mordido. El oráculo me previno de que vendría alguien duro de roer —dijo el mago.

—No es por tus perros por lo que temo —respondió Rodrigo—, sino por la salud de la princesa de mi reino.

—Conozco a tu rey y a su hija —dijo el mago—. Cuando ella nació, los reyes y magos de los reinos aledaños fuimos a presentar nuestros respetos. En el momento de la presentación de la niña, el sol se eclipsó y el castillo, por un momento, quedó en la oscuridad. Yo sé que no fue la luna la que tapó el sol, sino el Dragón del Norte, que, anhelando su pureza, rondaba por el castillo. Algo de esa sombra debió tocar a la niña y, en la medida en la que ella crecía y su pureza se ponía a prueba, la sombra iba creciendo en ella y su vida iba mermando. Puedo preparar una pócima para curarla, pero para eso necesitaré una escama de dragón.

—¿Y dónde encontraré al dragón? —preguntó Rodrigo.

—Mañana, al amanecer, saldrás en dirección hacia el Norte. A tres días de camino encontrarás un volcán humeante, dentro del cual el dragón tiene su guarida.

A la mañana siguiente Rodrigo encaminó sus pasos hacia el volcán del Norte, tal y como le había indicado el mago. Al llegar la tarde del primer día, Rodrigo y su caballo, cansados, se adentraron en un bosque a reposar. Un arroyo discurría por el bosque, y en uno de sus márgenes había un grosellero lleno de frutos carnosos y apetecibles. Rodrigo comió unos cuantos y cayó profundamente dormido. Despertó al día siguiente con la cabeza dolida y comprendió que aquellas eran grosellas mágicas, que hacían caer en un profundo sopor a quien las comía. Metió unas cuantas

en su zurrón y, al mirar alrededor, se dio cuenta de que su caballo había desaparecido. Rodrigo buscó por todos sitios, pero no pudo dar con él, de modo que siguió caminando hacia el Norte durante una jornada completa.

Cansado y dolorido, a un lado del camino vislumbró una posada. Llegó hasta ella y entró. Había una algarabía de leñadores que bebían y se divertían al final de su jornada. Olía a comida de puchero, a cerveza y a sobaco de hombres malolientes. Se sentó en uno de los bancos y comenzó a hablar con el posadero.

—He perdido mi caballo —le dijo—, y necesito llegar lo antes posible al volcán del Norte. —Nadie ha tenido hasta ahora el valor de subir al volcán del Norte. Solo un loco estaría dispuesto a hacer algo así —apostilló.

De pronto se escuchó un tumulto tremendo en el exterior de la Posada, que consiguió enmudecer el jaleo que había en su interior. Una tartana cargada de campanillas y sonajeros paró delante de la posada. El cochero comenzó a hacer sonidos de bocinas y, en un pispas, había montado un teatro de títeres a la puerta. Era, a la vez, el titiritero y el hombre orquesta. Los leñadores, que ya iban bien bebidos, salieron a divertirse un rato. El espectáculo fue del gusto de todos, que reían las excentricidades y sátiras de aquel zíngaro. Cuando terminó su función y la gente comenzó a dispersarse, Rodrigo se acercó al titiritero y le preguntó si había visto un caballo blanco perdido por el camino.

—Ni blanco, ni negro, ni gris —respondió el titiritero—, y tengo ganas de hacer pis —apostilló.

Rodrigo volvió a preguntar:

—¿Tú podrías llevarme al volcán del Norte?

El zíngaro le respondió:

—Sólo si me cubres de oro.

Rodrigo sacó la bolsa llena de monedas de oro que le había dado el rey y la vació delante del zíngaro. Y sin más dilación, y en

mitad de la noche, se pusieron en camino. De madrugada pararon a reposar en un bosque. El hada Cristalina volvió a aparecer y le dijo al oído a Rodrigo: «El punto débil de un dragón es su estómago. Trata de complacerlo».

Durante el último día de viaje, en la subida del volcán, Rodrigo lanzó el halcón que el rey le había entregado, y así fue cazando palomas hasta llenar su zurrón con ellas. Después colocó una grosella dentro de la boca de cada una de las palomas que había cazado y dijo al zíngaro:

—Bueno, subiré a la cima del volcán solo. Espérame por aquí.

Al caer la noche se vistió con la piel del oso y, sigilosamente, se acercó a la guarida del dragón donde dejó las palomas rellenas de grosella somnífera y se alejó. Al olor de las palomas, el dragón salió y se las comió todas de un bocado, tras lo que cayó en un sopor profundo. Rodrigo se acercó con mucho cuidado y le arrancó una escama al dragón con la daga. Corriendo, volvió a la tartana del zíngaro, que lo esperaba aún a los pies del volcán. Este lo llevó de vuelta al mago y, de ahí, una vez conseguida la poción, volvieron al palacio del rey. La princesa sanó y el rey la dio como esposa a Rodrigo. Juntos reinaron como Reyes puros, justos y valientes.

Fueron felices y comieron paloma, pero no grosellas.

*A Silas, mi pequeño Guía, y a mi familia.
A mis Maestros Ascendidos, que vuestro amor brille para
siempre en el santuario de mi devoción, y que pueda yo despertar
vuestro amor en todos los corazones. Gracias.*

EL ABRAZO

TAMARA FERNÁNDEZ

Todo empezó en una corriente de aire. Había caído en un lugar diferente de lo conocido para ella. Esa corriente de aire de donde salió fue realmente traumática. Había mucho ruido, la cabeza le daba vueltas, no podía ver con claridad, la luz le cegaba los ojos. No había sentido nunca el aire y le resultaba muy desagradable, le generaba una prisa que no quería llevar.

Antes de salir de la corriente, casi al final de esa especie de túnel sin paredes miró atrás y lo vio. Intentó volver, pero una fuerza superior no le permitía retroceder. Gritó. Empujaba esta fuerza invisible y exclamó:

—¡Sin ti no puedo hacerlo! ¡Sin ti no quiero!

Fue tal su frustración y dolor que cayó redonda al suelo justo al salir de la corriente. No recordaba nada al despertar, pero tenía una sensación de pérdida, un poso triste y amargo.

Miró a su alrededor y quedó fascinada. Formas nunca vistas, colores brillantes, vibrantes y muy llamativos. Olores intensos que penetraban en su cuerpo. Todo era nuevo para ella.

Tocó la tierra y sintió su textura granulosa y suave. No salía de su asombro. Ella no lo sabía pero se encontraba en un bosque.

Un bosque de árboles grandes y frondosos, plantas y flores

de infinidad de especies y colores. El sol se filtraba entre las hojas creando tonos dorados y destellos de color allá donde mirase. Se oía el suave burbujeo constante de pequeños riachuelos y embalses que corrían por todo el bosque. Animales, aves e insectos paseaban tranquilos y pacíficos por todo el paraje. Sus sentidos estaban en una explosión de información. Lo miraba todo, lo tocaba todo, explorando cada rincón y cada detalle.

Pasó horas caminando, admirando el paisaje, disfrutando de sus sentidos... le gustaba todo lo que veía, pero percibía tantas cosas a la vez que estaba abrumada. Agotada se durmió cerca de un árbol durante largas horas.

Al despertar, sus tripas crujían pidiendo alimento y, aunque no sabía bien qué le estaba pasando, fue guiada por su intuición y olfato hacia un melocotonero. Su olor era rico e intenso, se le hizo la boca agua y, sin pensar, cogió el fruto del árbol y le dio un bocado. ¡Qué explosión de sabor! ¡Estaba delicioso! Su alma se puso muy contenta.

De repente, en su interior sintió una sacudida, como si se hubiera olvidado de algo. Llegó a preocuparse sin saber muy bien por qué. Sentía una falta de no sé qué y empezó a experimentar un sentimiento de soledad.

Pasó el tiempo y esos paseos y conexiones con la naturaleza que inicialmente estaban llenos de estímulos, emoción y alegría se convirtieron en una búsqueda incesante y continua de algo. Se enfadaba, estaba insatisfecha. Se frustraba y lloraba porque ¡no sabía qué estaba buscando!

¿Por qué no había nadie de su especie?

¿Por qué estaba tan triste?

¿Por qué no dejaba de pensar?

¿Por qué los melocotones ya no le sabían igual?

Cada vez estaba más disgustada. Tanto que se disociaba de la realidad. Creaba en su fantasía otro mundo y viajaba a otros lu-

gares. Ella sabía que venía de otro sitio y a veces sentía que tenía un pie allí aunque no pudiera recordarlo. Pero ni siquiera en esos viajes imaginados encontraba la paz que anhelaba.

Su soledad se la estaba comiendo, casi tenía forma y pesaba más que ella.

Una mañana se despertó repentinamente. Sabía que había soñado algo importante pero, como la mayoría de veces, no recordaba. Bostezó con un gemido final un tanto desanimado.

—¡¡Aaaaaaaaaaaaaah!!

Dio un salto entre asustada y sorprendida. Por primera vez escuchó su voz.

Comenzó a emitir sonidos de todo tipo y le hacía muchísima gracia. Se moría de risa. Toda la mañana la pasó experimentando cantos y soniquetes sin ton ni son.

Paseando, iba imitando el sonido de los pájaros, ardillas, ciervos y todo animal que veía, y sucedió algo increíble: ¡Los animales la vieron! Porque hasta ahora ella era invisible, pero claro, eso nadie lo sabía. Se acercaban curiosos, la olían y la miraban con aire amoroso y pacífico. Y ella les hablaba. Aunque no era una conversación como nosotros la entendemos. Se entendían en otra clave, en otro código... ¿quizás el código del amor?

Dejó de sentir esa soledad, estaba muy feliz. Aprendió de las costumbres de otros seres. Aprendió a correr como las gacelas, a volar danzando entre las ramas de los árboles, a nadar como los peces, a trepar por la montaña y con ello ejercitó muchísimo su cuerpo. Acabó siendo un poco de todo. Un poco Rana, Loba, Mona, Lagarta, camaleónica...

En este largo tiempo había descubierto que poseía una gran fuerza y muchas ganas de vivir y eso la motivaba, pero de vez en cuando volvía a pasar. Volvía a lo de siempre. Le faltaba algo, le faltaba alguien, le faltaba sentido. Esa frustración la llevó a gritar durante horas. Chillaba con todas sus fuerzas.

Gritaba rabia, frustración, desesperación y auxilio. Se quedó sin voz. Agotada y en un forzado silencio, se sentó a los pies de un árbol, cerca de un río. Cerró los ojos y surgió una voz interior que le susurró:

—Siente la tierra mojada bajo tus pies, siente el agua correr; las manos reposando en tus piernas. Siente la vida del árbol en el que estás apoyada, siente la corriente de vida que fluye por tus canales energéticos.

Se dejó llevar. Notó que no estaba sola. Estaba siendo amorosamente, guiada y se emocionó. ¡Se estaba acercando a aquello!

Volvió a recordar cómo era la vida en ese lugar de donde venía. Donde todo se sentía por corrientes de luz y energía y no había materia tal como la conocemos.

Estaba en paz. Todo estaba allí, solo tenía que recordar, no con la mente, sino desde otro lugar.

Quería traer ese abrazo cósmico al mundo físico. Ella solo quería un abrazo. Quería descansar en el regazo de alguien y dejar de estar alerta. Ese descanso de un bebé después de tomar leche materna, cuando se queda durmiendo con la boca abierta y unas gotas de leche en la comisura de los labios, los ojos entreabiertos y la mirada hacia arriba. Ese abandono total cuando sabes que estás protegido y a salvo.

Y en el transcurso de la meditación, en la desesperada súplica de ese abrazo, aquella voz le dijo:

—Estás buscando algo, pero ¿quién lo está buscando?

Ella respondió:

—Yo.

—¿Y tú quién eres? ¿Te has visto alguna vez?

Quedó pensativa. Se tocó la cara, el pelo, los brazos. Y quiso saber cómo era por primera vez. La voz de Interior la invitó a mirarse en el reflejo del agua, que de inmediato se tornó cristalina y calma como un espejo. Se asomó curiosa, se observó. Miraba su rostro, el

color de sus ojos, su pelo, su piel, sus labios, todo su cuerpo. Examinó cada detalle y le gustó más de lo que esperaba. Fue una sorpresa descubrirse. Y una gran incógnita: por qué no lo había hecho antes.

Emprendió una nueva etapa de introspección, se dedicó a conocerse acompañada por la voz interior que le daba señales y la guiaba por un camino desconocido. Ella, en muchas ocasiones, solo buscaba esa voz porque la hacía sentirse acompañada. También porque en ese conocerse había mucha tristeza, oscuridad y sensaciones que no entendía y no quería ver, aunque lo hacía igualmente por doloroso que fuera. Y desde ese punto, la comunicación con el mundo exterior empezó a ser diferente. Más armónica, fluida y mágica.

La conexión que iba encontrando con su ser la llevaba a querer profundizar y ayudar a los demás. Desarrolló una compasión y empatía por el resto de seres que le daba sentido a su vida y calmaban sus ansias de búsqueda vacía. Cada vez que ayudaba a algún animal, insecto o árbol que, curiosamente, casi siempre era una ayuda a encontrar algo, en ella se encendían unos puntos de luz en el cuerpo que le generaban mucho bienestar.

Al cabo de un tiempo, se veía diferente y mucho más brillante, ya que prácticamente era toda luz. Estaba bien, se sentía integrada, realizada y parte del Todo. Entendió que todos somos lo mismo, que venimos de una corriente de la misma Fuente, aunque cada corriente sea diferente. Sentía esperanza, pero no le llevó mucho tiempo a darse cuenta de que esa esperanza la conectaba con eso que creía haber olvidado y que, sin embargo, seguía ahí. Al darse cuenta, sintió enfado y hartazón.

—¡Joder! ¿Todavía estás aquí?

Una voz diferente a la de siempre, mucho más infantil y suave, le respondió:

—¿Por qué me tratas así? ¿Acaso no eres tú la que me andas buscando? Yo solo quiero un abrazo.

Se quedó paralizada y unas lágrimas empezaron a correr silenciosas por su rostro. Lloró como nunca. Como una cascada donde el agua corre sin cesar y da forma a la roca que sostiene un agua que limpia y purifica. Esa cascada se materializó delante de ella y ella la abrazó. Cuando abrió los ojos, era la roca por la que caía el agua y dentro de esta piedra enorme había un gran tesoro de piedras preciosas, luces brillantes y espesa vegetación. Identificó esas luces enseguida, eran gotas de amor de los animales a los que había ayudado. El olor fuerte de la frondosa vegetación bien enraizada era la fortaleza que había desarrollado, la flexibilidad y capacidad de adaptación y crecimiento. Enseguida se percató de que no estaba sola. Había un bebé a su lado en una camita de hojas y estaba muy tranquilo. Lo miró con un amor que nunca había experimentado, lo cogió en sus brazos con delicadeza y le dio un abrazo de amor indescriptible. Lo recogió en su cuello, sintiendo su piel, su olor y su energía, y la cascada se tornó aún más cristalina, con miles de reflejos de colores y destellos dorados. Lo había encontrado. ¿Se había encontrado?

La invadió un estado de éxtasis, de pleno gozo y en ese momento escuchó la voz y notó su presencia al envolverla en un abrazo en su regazo:

—Yo no puedo tocarte si no aceptas todas tus partes. Ahora estoy aquí, aunque nunca me fui. Buscabas la pena, el porqué, buscabas calmar el enfado y la frustración y por fin te has dado cuenta que este bebé necesitaba ser abrazado, querido, amado, recordado y validado. Y todo eso eres tú.

Como ves, ya no soy solo una voz en tu interior puedes verme y ahora podrás abrazarme siempre que me busques.

Salió de la cascada con el corazón lleno de amor por aquellos abrazos dados y recibidos tan anhelados. Y vio una palmera que coronaba la roca por la que caía la cascada, que crecía con fuerza y poseía todo lo necesario para crecer fuerte y sana. Todo ese

conjunto armónico y curioso, esa composición extraña, bella y sobre todo completa, era Ella.

Al fin siguió su camino sin expectativa, sin buscar nada, conectada con la vida y predispuesta a vivirla con la curiosidad, alegría y amor de una niña.

*A mi compañera de viaje, la cual siempre elige dejar su maleta
y coger la mía, viajaremos juntos siempre.*

LA FIESTA DE LOS CIELOS

ARTURO JAVIER OLIVA ÁLVAREZ

La mañana comenzaba calmada, con luz tenue debido a la escasa niebla que rodeaba la casa. La casa, en el mundo de la ilusión, tenía muchas ventanas y la puerta estaba en el tejado, allí todos volaban y era costumbre entrar por el tejado. Todo era muy rápido, fugaz.

Desde una ventana de la casa asomaba la cabeza de Aros, un niño, ya casi llegando a la juventud, que veía el tempranero pasar de sus vecinos por el cielo, se acababa de despertar.

Hoy se celebraba la fiesta de los cielos, el día más importante para la ciudad de la ilusión, allí todos juntos bailaban una danza muy especial que alegraba sus corazones.

Aros desde muy pequeño tubo que apanárselas solo, era un intrépido volador, pese a su corta edad volaba con energía y a gran velocidad, pese a que pudiera ser un poco temerario. Ese día había quedado temprano con su amigo Fipal para preparar el gran día que se avecinaba. Aros recorrió la casa en busca de algo que desayunar y emprender el vuelo hacia la casa de Fipal. Tan pronto como degustó unas galletas salió por la puerta del tejado y comenzó a volar hacia la casa de su amigo, no tardaría más de unos cuantos minutos. A los pocos segundos se cruzó con sus vecinos.

—Ten cuidado —le indicó su vecino Igor.

—No te preocupes, son ya muchos años volando —replico él deteniéndose.

—Aros, ya sabes que el día de la fiesta de los cielos la magia es muy fuerte —dijo Esther, la mujer de Igor.

—¡Vale Esther!, pero yo tengo mucha fuerza y controlo muy bien la velocidad —replicó Aros.

—Buen joven, la fuerza y la velocidad nada tienen que hacer antes los Rompeilusiones, utilizando la magia y hechizos, tan poderosos como los de hoy.

—Muchas gracias Esther —dijo Aros, que de la levitación sobre una de las calles de la ciudad de la ilusión emprendió el vuelo casi sin dejar de terminar de hablar a Esther.

A los pocos segundos, cuando salía de la Ciudad de la Ilusión para acercarse a las afueras, en el bosque, donde vivía su amigo Fipal, observó un claro. Allí unos jóvenes parecían haber empezado la fiesta de los cielos antes de tiempo. Él no podía perder la oportunidad de ver lo que aquellos cuatro jóvenes hacían. Bailaban, reían y bebían, tenían una mesa en la que parecía haber un pequeño banquete.

Se acercó veloz y se posó desde el cielo con seguridad.

—¡Habéis empezado la fiesta de los cielos antes de tiempo, no llega mediodía y ya lo estáis dando todo; —les dijo Aros, pero los jóvenes seguían bailando.

En ese instante la única chica de los cuatro se dirigió a la mesa, bebía en una jarra de barro y comía alguno de los dulces expuestos en la mesa. Aros extrañado insistió:

—¡Chicos, que es al anochecer cuando se baila la danza, en ese momento es cuando la magia está más alta y nos sorprende!

Nada, los tres jóvenes persistían en su baile y mirando de reojo a Aros. Lo habían escuchado, pero no tenían mucho interés en él, ni en lo que decía. En cambio la chica se dirigió hacia él. La chica era de la misma edad aproximada, como los otros tres; tenía el pelo largo rojizo y una bonita mirada marina.

—Hola chico, aquí nosotros hacemos lo que queremos, bailamos, bebemos, y comemos sin importar el día, ¿tú no lo haces así? —le dijo la chica. Aros un poco extrañado, pero curioso le respondió:

—Normalmente no estoy de fiesta todos los días, pero me encanta estar con mi amigo Fipal y jugar con él. La chica sonriendo le dijo:

—Pero hoy es el día de la fiesta de los cielos; hoy sí podrás ¿no?

—Hoy sí, pero tengo que ir a casa de mi amigo y lo celebraremos después. Además debemos tener cuidado con los Rompeilusiones, durante el día abundan mucho —dijo Aros, poco convencido.

—¿Los Rompeilusiones? ¿Eeeeeeh... existen de verdad? ¿No quieres pasar un rato divertido con nosotros? —replicó la chica sonriendo pero con un pelín de nerviosismo.

—Sí, claro, podría estar bien. Respondió Aros y se cuadró para comenzar su explicación sobre los Rompeilusiones.

—Los Rompeilusiones son personas como nosotros, pero han perdido su capacidad de volar, al albergar sentimientos negativos hacia otros y con ellos mismos, pierden esa habilidad. Pero además al sentir tanta envidia, rencor y desconocimiento ante los ciudadanos de mundo de la ilusión intentan, a través de la magia y los hechizos malvados, quitarnos nuestra capacidad de volar, y también nuestra alegría. La chica continuaba con una risa nerviosa.

—Bueno ya será para menos, yo creo que es más imaginación que otra cosa; si no quieres, puedes seguir tu camino.

Aros pensándolo un instante y solo con un par de galletas en el estómago...

—¡Venga, un bocado, un meneíto y me voy!

En ese momento se introdujo en el grupo, no sabía que acababa de caer en la trampa de una de los cuatro Rompeilusiones, la chica, junto con los otros tres jovencitos. Eran Rompeilusiones y estaban al acecho de engañar a un ciudadano de la Ciudad de la Ilusión,

y más cuando podían aprovechar la magia que se generaba ese día. Aros entonces se dirigió a la mesa y vio un espléndido bizcocho, era el mejor que había visto nunca jamás; tardó poco en degustar un par de trozos. Tras ello, sin dudarlo, quiso mover un poco el esqueleto y fue derecho a los cuatro jóvenes que ya bailaban.

Antes de empezar a bailar, Aros empezó a no sentirse muy bien, los ojos se le cerraban muy poco a poco, aunque intentaba resistirse, observó que los otros cuatro jóvenes ya no bailaban, sino que lo habían rodeado, Aros, sin éxito, quiso emprender el vuelo, pero su cuerpo no respondía, finalmente se desvaneció.

Entró en un sueño profundo e incómodo, con la sensación de querer despertarse, pero no lo conseguía. Por un momento su mente se desconectó y dormía profundamente. Aunque los ojos pesaban, consiguió abrirlos, no había nada, parecía el claro donde se dejó caer para ver a esos 4 extraños, ¡Todo había cambiado de color, era gris! Intentó levantarse y comprobar que estaba entero, se tocó la cara, las piernas, el pecho y los brazos. Al menos su cuerpo parecía estar entero, pensó que ese era el momento de retomar el vuelo, pero su cuerpo no respondió, el saltito que había dado para tomar inercia no sirvió, ya no podía volar.

La angustia le inundó junto con un profundo sentimiento de soledad, ¿qué podría hacer ahora?, no podía volar, nadie lo podía ayudar, empezaba a entender que había sido engañado, y que posiblemente había caído en la trampa de los Rompeilusiones. Unas lágrimas se deslizaron por sus ahora pálidas mejillas, se encontraba en un claro de bosque, donde prácticamente no podía salir, la frondosidad de los árboles y arbustos no le permitían salir; además, cuando Aros se acercaba al borde del claro, la maleza aumentaba su frondosidad de forma mágica, evitando cualquier posibilidad de huida. La situación tornaba en desesperada, pues una tormenta descargaba un aguacero importante. La lluvia lo estaba mojando hasta los huesos, el frío lo invadía. Aros no sabía qué hacer, supo como se siente uno

infeliz, triste, desamparado y, además, ¡mojado y helado de frío! En lo que parecía una gran rama de uno de los árboles que formaban el contorno del claro del bosque buscó cobijo, pero cuando se puso debajo esta desapareció, y así cada vez que lo intentaba en diferentes ramas. Estaba seguro que no encontraría cobijo.

Las lágrimas volvieron a nacer de sus cansados ojos durante unos minutos por severa situación en la que se encontraba. Decidió cerrarlos, y en ese momento recordó una conversación con su vecina Esther. En su casa solía merendar algunas tardes, cuando sobrevolaba el vecindario y olía el humo de la chimenea de la casa de Esther e Igor, que no llevaba brasas, pero sí el aroma de unos dulces que encantaban a Aros. Este olor, hacía a Aros dirigirse a casa de sus vecinos. En esa tarde Esther le había contado un antiguo cuento que hablaba de cómo un ciudadano del Mundo de la Ilusión había conseguido deshacerse de un hechizo de los impertinentes Rompeilusiones. Le contaba que había sido engañado con unos caramelos para la tos que le había regalado una curandera, y que los caramelos le llevaron, tras un profundo sueño, a una barca en medio del océano. Allí este ciudadano sobrevivió a una tormenta marina con olas gigantes en su pequeño bote, y pensó que los Rompeilusiones, que solo albergaban sentimientos negativos, querían que él también los sintiera, para robarle su ilusión y, por supuesto, su vuelo. Así es como ellos robaban el vuelo y la ilusión a los ciudadanos de la Ciudad de la Ilusión. Él debía albergar solo sentimientos positivos para deshacer aquel entuerto. Pero este ciudadano del cuento de Esther, ante situación tan adversa, solo sentía tristeza, dolor, amargura, miedo, desesperación y mucha rabia contra el hechizo que le hizo la curandera Rompeilusiones. Por unos instantes el hombre se esforzó en no sentir nada negativo y pudo salir del aquel hechizo. Según cuenta la historia el ciudadano llegó a convertirse en Alcalde de la Ciudad de la Ilusión.

Aros recordó todo aquello, no sabía cómo hacerlo, ¿cómo no

tener miedo, sed de venganza, ira...? Comenzó a reflexionar que aquellos cuatro jóvenes quizá no sabían qué era la felicidad. Posiblemente todo aquello que le habían hecho era fruto de su infelicidad, y comenzó a no tener sentimiento negativos hacia ellos. Además meditaba que él siempre había sido valiente, ya que en sus aventuras con Fipal siempre era el más intrépido. A la vez reflexionaba que él había superado solo todas las dificultades que había tenido, y que había confiado en sí mismo, y que la situación actual no acabaría con él.

Y así de repente volvió a dormirse, un sueño fugaz; abrió pronto los ojos, estaba frente a los cuatro muchachos jóvenes que lo habían engañado y voló, voló muy alto. Desde arriba se despidió:

—¡Chicos, hoy no es vuestro día, es el día del mundo de la ilusión! Desde abajo, perplejos, los Rompeilusiones no daban crédito, todas sus artimañas, como el hechizo a Aros, no habían funcionado. Estaban rabiosos y comenzaron a echarse las culpas unos a otros... No sabemos como acabaría todo aquello.

Aros vio que la tarde ya estaba cayendo, que la fiesta iba a comenzar, soñaba con la fiesta de los cielos cada año. Remontó el vuelo, nunca había ido tan veloz, parecía que el vuelo era más rápido y seguro que nunca.

Sobrevoló la gran plaza de la Ciudad de la Ilusión, donde todos los ciudadanos se congregaban, a su altura se colocó Fipal.

—¿Dónde has estado Aros, te esperé hasta hace un rato en casa? —le recriminó sutilmente Fipal, con más añoranza que enfado.

—Lo siento Fipal, a veces nos metemos en unos líos —contestó Aros.

Ambos se incorporaron al gentío, faltaban pocos segundos para el anochecer. En unos instantes un espectáculo de luz y color surgió mientras todos danzaban en el cielo. Todo el mundo estaba deslumbrado y fascinado. La fiesta de los cielos había comenzado.

«AHORA TE TOCA A TI»

Ahora es tu momento, ahora te toca a ti escribir el cuento de tu vida. Te proponemos que uses las siguientes páginas para escribir tus recuerdos. No es necesario que profundices mucho, ni que te crees un problema porque quieras contar tus memorias, que ocupan seis volúmenes; no es eso. Recordar nuestro pasado, al fin y al cabo, es fabular, porque nunca sabremos si pasó de esa forma como lo recordamos, o fue de la manera como lo recuerda tu hermano o hermana, por ejemplo. Las cosas que recordamos son tan importantes como las que no recordamos, pero nuestro inconsciente nos sirve aquellas que, por alguna misteriosa razón, necesitamos recordar. Así que no le des muchas vueltas, y haz un esquema de aquello de lo que te acuerdes y escríbelo aquí. Cuando hayas acabado vete a la otra parte, unas páginas más adelante, y sigue las instrucciones.

«ÉRASE TU VEZ»

Ya has terminado tus sucintas memorias, ahora te toca transformarlas en cuento maravilloso, ese que en el folklore nórdico se conoce como cuento de hadas. Revisa las partes más importantes, los personajes que aparecen, las situaciones, y ve transformándolas en un cuento, en una historia tan especial que te encantará contársela a tus hijos, hijas, sobrinos, sobrinas, vecinos, alumnos...

Tú eres el o la protagonista. Te pongo un ejemplo. En tus memorias ponías: «Nací en un pueblo muy pequeño y me pasaba el día jugando en la huerta con mis hermanas, nos gustaba comernos el agrillo que crecía en primavera bajo los limoneros. Un día mi padre nos dijo que teníamos que irnos a otra ciudad porque lo trasladaban en su trabajo...»

Transformado a cuento podría ser: «Llegó el día señalado por las hadas del bosque en su famosa predicción: nacería una niña de grandes ojos y cabello brillante. Y nació [aquí pones un nombre de resonancias principescas]. Cuando su madre la vio, lloró de alegría [cuidado con las erratas, no vayas a poner ‘alergia’, que entonces el cuento sería muy diferente], sus hermanas saltaban de contento a su alrededor y se peleaban por jugar con ella. Cuando creció, le encantaba ir al bosque a jugar bajo los árboles cargados de frutos amarillos mientras masticaba la hierba de la felicidad...». Esto es un ejemplo. Ahora te toca a ti. Y que no se te olvide ponerle un título bonito. Érase tu vez.

Esta primera edición de *El gigante gentil y otros cuentos* se
acabó de imprimir y encuadernar
en diciembre de 2025.

El taller *Érase tu vez* se imparte regularmente. Si tienes
interés en participar, puedes mirar fechas y lugares donde
se realiza en la página web

www.espacioparacontar.com

